



MERCADO DE SAN MIGUEL. MADRID.

POR UN BOCADILLO DE QUESO

LYDIA CALERO JIMENEZ

Como todos los días, Miguel descansaba encima de sus preciados cartones, al pie de la estatua del Oso y el Madroño de la Puerta del Sol de Madrid. En días como aquel, tan soleados y repletos de alegre bullicio, no le molestaban las miradas curiosas de los viandantes hacia su persona ni los comentarios, no siempre delicados, que algunos le dedicaban desinteresadamente.

Le gustaba observar aquel lugar céntrico de Madrid, que hacía aproximadamente cinco años se había convertido en su hogar, desde su rincón particular. Desde allí podía acceder a cientos de historias diferentes cada día pertenecientes a la multitud de variopintos personajes que diariamente pasaban frente a su curiosa mirada. Sólo tenía que afinar un poco el oído y escuchar. Así pasaban los días para Miguel: escuchando, imaginando y soñando.

En lo referente a sí mismo, estaba bastante orgulloso de ser como era. Se sentía diferente a todas aquellas personas. No sólo por su particular atuendo (gorro de lana de colores, sucia camiseta verde, roídos pantalones de pana marrones, destartaladas zapatillas deportivas... y su bufanda) sino por su forma de vivir la vida. Miguel había oído hablar de grandes comercios, de subidas y bajadas de la Bolsa, de partidos políticos, de corrupción, de canales de televisión



privados y de otras muchas cosas similares, pero no las conocía y le daba la impresión de que no se perdía nada del otro mundo por ello. Sin embargo, cuando observaba a aquella gente, algo le hacía intuir que ellos sí que no podían vivir sin aquellas cosas.

Sólo había dos cosas en el mundo que no le hacían sentirse tan privilegiado con respecto a los demás: el frío y el hambre; y sobre todo, esta última. El frío se podía soportar, aunque más mal que bien. Todo era cuestión de pasarse el día buscando un buen abrigo para la noche y encontrarlo. Pero el hambre... era lo que peor llevaba. Su problema radicaba en el hecho de que no tenía por costumbre pedir. Nunca lo había hecho, ni siquiera en los momentos de mayor desesperación. Incluso cuando alguien se había acercado a darle algunas monedas él le había mirado con ojos agradecidos pero había pronunciado un único y rotundo “no” que muchos se tomaron con más decepción que sorpresa.

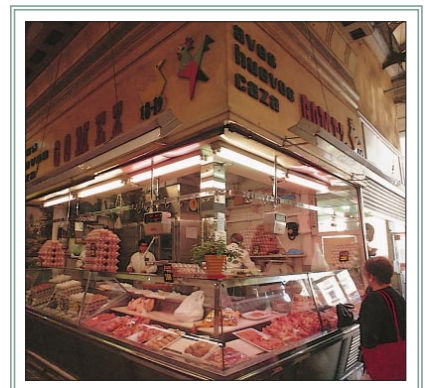
Sabía que de aquella forma nunca iba a llegar a ninguna parte, pero eran sus principios y ellos eran una de las pocas cosas a las que aún podía guardar respeto.

Pero aquel sábado tenía que comer. El día anterior no había podido encontrar nada. Normalmente conseguía algún alimento entrando a hurtadillas en un viejo almacén situado detrás de una panadería: lo que él denominaba “coger comida prestada” no era un problema para sus principios, y ahora su estómago parecía querer demostrar que merecía el puesto de tenor principal en alguna ópera. Por cosas que oyó de aquí y allá dedujo que el almacén al que acudía había estado cerrado el día anterior debido a que había sido fiesta y algunos comercios no abrieron. A esto se unió el descubrimiento que tuvo lugar aquella misma mañana de que los dueños de su “abastecimiento” particular habían decidido tomar, por alguna razón desconocida, una especie de puente y no abrir su tienda, ni su dichoso almacén, hasta el lunes. Entonces pensó en su origen de abastecimiento de los fines de semana. Durante estos días conseguía comida en otro almacén, al que también había conseguido tener acceso después de arduas investigaciones, en el que, por lo que había podido averiguar, se conservaban diversos tipos de víveres fabricados por una familia de cocineros que después vendían a los pequeños comercios. Puede que incluso a su festiva panadería. Pero aquel almacén estaba muy lejos de su círculo de acción particular y era habitual que el sábado por la mañana comiese un poco más de lo normal para cargar energías y dirigirse por la tarde hacia su “casa de los fines de semana”, situada en la calle Doctor Esquerdo. Para otra persona aquello habría sido un paseo en una tarde de sábado. Para él significaba una dificultosa mudanza semanal, que aquel día veía imposible de llevar a cabo. Su estómago continuaba su especial concierto cada vez con más fuerza, las piernas le temblaban un poco y la cabeza le daba vueltas.

Fue mientras pensaba que aquel era uno de los peores días que jamás había pasado en su vida cuando vio a un niño de unos seis o siete años mirándole fijamente. Miguel también le miró pero su mirada se dirigió más exactamente al objeto que el muchacho sujetaba en su mano derecha: un gigantesco bocadillo de queso que a él se le antojó casi más grande que el propio niño. De pronto se encontró ante un grave dilema: su estómago entonaba ahora una melodía que sonaba a algo así como “¡comida, comida!, ¡dile a ese niño que te dé un poquito!” y sus principios, desde una voz interior, ronca y profunda, dictaminaban: “no, no, no”.

–Es de queso, ¿verdad, chaval?– preguntó, pensando que así alejaría de alguna manera aquellos frustrantes pensamientos.

El niño no le contestó. Se limitó a alzar la mirada hacia su madre, a quien estaba cogido de la mano, que hablaba en aquellos momentos muy anima-



damente con otra señora. Al ver que ella ni siquiera había reparado en aquel mendigo que hablaba a su hijo, decidió hacer lo mismo e ignoró que aquel personaje tan raro, pero tan divertido y que tanta simpatía de origen desconocido le despertaba, se había dirigido a él. Cuando el chico se dio la vuelta y se dispuso a darle un buen bocado a su merienda, Miguel reconoció que quizás aquella era la única oportunidad que le podía brindar aquel día.

Los siguientes minutos fueron para él como una secuencia en cámara lenta, en los que no oía más que el fuerte latido de su corazón y el lejano murmullo de voces, risas y griterío. Cuando el niño se situó de espaldas a él, se levantó como impulsado por una extraña fuerza y se lanzó hacia él como un tigre lo hace sobre su presa. En este caso, su presa era el bocadillo, que consiguió agarrar a la primera. Sintió una oleada de arrepentimiento y culpa al descubrir el tremendo sobresalto que había provocado tanto en hijo como en madre, que dieron un saltito nervioso e inmediatamente después comenzaron a gritar. Con sorpresa primero y pánico después, Miguel echó a correr tras conseguir salir del estado de paroxismo en el que había quedado después el hurto. Mientras huía, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, oyó que, además de la madre del niño y su amiga, algunas personas llamaban a gritos la atención de los policías que rondaban la zona y le señalaban a él con fieros dedos acusadores.

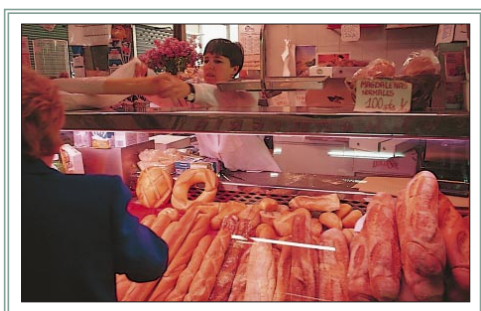
La huida no fue fácil. La calle Mayor, por la que se había dirigido, estaba más llena de gente y coches que nunca, o al menos eso era lo que a él le parecía. Sorteó todos los obstáculos que pudo y otros no tuvo más remedio que llevárselos por delante, no sin pronunciar tímidos “perdón, perdón” cada vez que esto ocurría. Ya pensaba que no podría correr más de dos metros antes de derrumbarse en el suelo cuando le pareció ver por el rabillo del ojo algo que le llamó la atención: su nombre, con todas las letras, escrito en una placa situada en la pared de un edificio del centro de Madrid. Llevaba años vagando por esas calles y se daba cuenta ahora, en ese momento tan poco oportuno.

Su instinto le hizo cruzar la carretera, ya casi sin aliento, obligando a frenar bruscamente a un coche que en aquel momento pasaba por allí. Mientras seguía corriendo tuvo tiempo de volver la cabeza y leer con más atención lo que ponía en la placa: Cava de San Miguel. De repente pensó que él, la verdad, tenía poco de santo y la idea le hizo sonreír. No tuvo que correr

mucho más antes de que la expresión sonriente de su rostro se transformara en sorpresa al verse, de pronto, frente a un gigantesco mercado, que por alguna extraña razón había pasado desapercibido para él todos aquellos años. Incluso consciente de que más de un policía le seguía los pasos –y milagrosamente aún no le habían alcanzado a pesar de sus pocas fuerzas– se detuvo frente a aquel edificio y un escalofrío le recorrió el cuerpo al leer su nombre: Mercado de San Miguel.

Aún plantado frente a la puerta del mercado, y sin abandonar aquella expresión ensimismada, pensó que aquello sólo podía ser una ironía del destino: él, Miguel, uno de los seres con mayores dificultades para conseguir algo que echarse a la boca cada día, y él, el Mercado de San Miguel, donde cientos de manjares descansaban en los escaparates para ser observados y comprados por los clientes. Uno frente al otro.

Ya se había olvidado de los policías. Seguramente habían seguido calle Mayor arriba y, afortunadamente, le habían perdido de vista. Tranquilizado por esta idea se detuvo a contemplar un poco más aquel mastodonte. Le encantó comprobar que estaba rodeado de



columnas y la forma de estas le recordaron a ciertas fotos que una vez vio en un libro de arte viejo, pero aún visible, tirado en la basura. Se fijó un poco más y el hambre, que por unos momentos parecía haber desaparecido, volvió a atacar, puesto que lo que descubrió en la cima de las columnas fueron platos y laureles.

De pronto, algo le hizo volver la cabeza hacia la derecha, pero no observó nada especial. Quizás había sido un perro corriendo o alguien había gritado para llamar la atención de algún conocido. Al menos estaba seguro de que no eran los policías, lo que le hizo resoplar de alivio.

Fue entonces cuando decidió entrar. Sabía que allí también podían buscarle pero eso no le importaba. Lo que más deseaba en el mundo en ese momento era entrar en aquel mercado de hierro de aspecto tan antiguo. Antes de subir los pequeños escalones situados al pie de la entrada principal alzó la vista y volvió a observar el nombre del mercado, dándose cuenta de algo en lo que antes no había reparado: aparecía escrito con letras muy antiguas y sobre una placa de forma algo extraña, que Miguel relacionó enseguida con aquellos viejos pergaminos en los que se escribía antiguamente, de los que tanto le había hablado un amigo, también huésped en las aceras de la Puerta del Sol, que en su día trabajaba como maestro de escuela.

Su entrada fue poco menos que triunfal aunque nadie se percató de su existencia. Algunos le miraron un momento pero después cada cual continuó con lo que estaba haciendo, lo que sorprendió a Miguel considerando su aspecto externo y la escasa indiferencia que solía despertar.

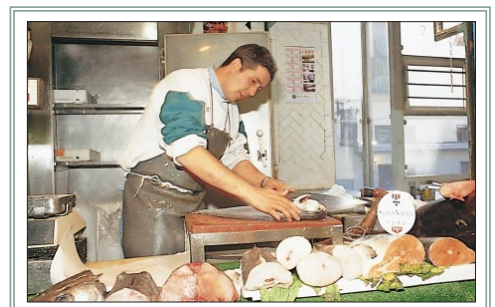
–Quizás es porque no voy mal del todo– pensó –Bueno, un poco sucio, pero el gorro me tapa las greñas, esta barba insoportable me la cuido lo mejor que puedo y soy joven y atractivo, aunque no se note mucho.

Además, estaba su bufanda verde, que se encontró en el banco de un parque abandonada a su suerte, y que él recogió con la intención de convertirla en el mejor de sus recursos: en invierno para el frío y en primavera y verano como almohada durante las siestas en el Parque del Retiro. Una vez convencido de que no tendría problemas decidió seguir el impulso de observar aquel mercado más detenidamente.

Su expresión seguía reluciente, sus ojos brillaban por una emoción que ni siquiera él podía comprender y le pareció notar que tenía la boca un poco entreabierta, aunque no hizo ningún esfuerzo por volver a cerrarla. Sólo el repentino despegue a sus pies de una bandada de pájaros, que habían estado descansando sobre el suelo del mercado, le hizo pestañear nervioso. Después continuó ensimismado ante lo que él consideró el paraíso que se alzaba ante él.

En los primeros puestos que pudo ver vendían todo tipo de frutas y hortalizas. Un amplio arcoiris, de colores y sabores, se presentaba ante sus ojos: manzanas rojas, verdes y amarillas; peras, lechugas, melones, naranjas, mandarinas... todas ellas descansaban en cajas de madera y plástico. Del techo colgaban cebollas, ajos, plátanos y un par de calabacines que hicieron recordar a Miguel la vieja bota de vino en la que bebía el ex-maestro de escuela, aunque reconoció que los primeros tenían mucho mejor aspecto.

Siguió caminando y llegó a uno de sus sectores favoritos, las carnicerías: jamones, mortadela, huevos, latas de patés, quesos... fue al contemplar los quesos cuando se acordó del motivo que le había traído hasta allí. El bocadillo que había quitado al niño seguía en su mano pero hasta entonces no había recaído en ello, tal era su ensimismamiento. Le dió un fiero mordisco y guardó el resto en el bolsillo de su abrigo para seguir comiendo después de aquella pequeña excursión.





El hecho de llegar a una de las pescaderías le trajo recuerdos: el pescado no era precisamente uno de sus alimentos predilectos cuando vivía algo mejor que entonces, pero en aquella situación cualquier cosa le parecía un manjar exquisito, de tal forma que cuando leyó encima del mostrador un cartel que decía “En este establecimiento se limpia todo el pescado” no pudo por menos que pensar “yo sí que os limpiaba el pescado, majos, pero de otra forma”.

La panadería y el bar estaban uno enfrente del otro. En la primera había un poco de todo y no le prestó mucha atención puesto que le recordaba al pequeño establecimiento de cuyo almacén él conseguía su almuerzo diario. El bar tampoco consiguió llamar especialmente su atención, excepto en lo referente a su decoración: sillas de madera y mimbre, mesas cubiertas por manteles a cuadros rojos y blancos y una barra presidida por una mujer gorda y risueña que saludaba a todos sus clientes, que en aquel momento no eran muchos debido a la hora, con una amplia sonrisa en la que dejaba ver todos sus dientes.

Contagiado por aquella sonrisa continuó con su paseo y llegó a la sección de congelados y conservas. Aunque todo lo que se presentaba en el primer establecimiento –calamares, albóndigas, palitos de merluza– tenía muy buena pinta, Miguel prefirió dejar de mirar porque todo

aquel hielo estaba haciendo que sintiera más frío del que ya tenía. En el puesto de conservas se fijó en los yogures, el pan de molde, los frutos secos, el bonito al escalope, las bebidas, las latas de todo tipo y unos quesos, por los cuales volvió a acordarse de su bocadillo, que sacó del bolsillo y al que dio otro buen mordisco antes de devolverlo a su lugar de origen.

Tras aquella inspección se dirigió hacia una de las salidas, pero no con la intención de salir. Lo que pretendía era ver aquel mercado en su totalidad desde otra perspectiva. Allí situado, comenzó a pensar que ver tantos alimentos juntos le había cansado y, aunque tenía el bocadillo de queso y podría comérselo de una sentada, se sentía hambriento e insatisfecho. Le sorprendió comprobar que incluso se sentía un poco triste, quizás porque ya se acercaba el momento de dejar aquel lugar, en el que si permanecía mucho tiempo más sin hacer otra cosa que mirar, podría llamar excesivamente la atención y crear problemas que no deseaba.

Se autoconvenció de que ya había visto todo lo que se podía ver y salió al exterior por la puerta junto a la cual se encontraba. Pero, en realidad, Miguel no lo había visto todo. No se había dado cuenta de que, estando frente al puesto de conservas, observando todo lo que se exponía en el escaparate, unos ojos grandes, de color verde grisáceo, lo miraban con curiosidad desde dentro del puesto. Aquella mirada, dulce y escudriñadora a la vez, era digna de tener en cuenta pero Miguel había estado demasiado ocupado en comerse con la vista todo lo expuesto ante sus hambrientos ojos.

Miguel salió a la plaza del santo de su mismo nombre y allí, bañado por el sol y rodeado de palomas, se sentó en el bordillo de un portal a descansar después de la emocionante huida tras el hurto y de la extenuante expedición por el mercado. A su pesar, comprobó que allí estaban Carmen y Mariquilla, dos gitanas madre e hija que vendían flores de todos los tipos y colores. Miguel había hablado con ellas muchas veces y no le caían mal del todo pero cuando empezaban a hablarle, ya no paraban y acababan creándole un incesante dolor de cabeza.

La primera en ver a Miguel, agazapado en el bordillo del portal para pasar desapercibido, fue Mariquilla, una niña de ocho años charlatana y pizpireta con el pelo largo y negro recogido en una coleta en la nuca. La muchacha se acercó a él riendo y saltando, contenta de haberle encontrado.

–¡Mamá, mamá!– empezó a gritar –¡Mira quién ha venido! Es Miguelón, Miguelón, Miguelón, Miguelón, Miguelón...



Y repitió aquel nombre catorce veces más antes de que el aludido la interrumpiera.

–No me llamo Miguelón y no grites, niña, que te va a oír tu madre y va a venir.

Pero ya era demasiado tarde. Carmen, con el pelo del mismo color que la hija e igualmente recogido y considerablemente más alta y gorda que ella, se dirigió sonriente hacia él.

–¡Pero mira quién está aquí! ¿Has venido a hacernos compañía?– y tras decir esto le dio un fuerte, pero cariñoso, empujón en el hombro.

Miguel se levantó aturdido y seguro de que aquello ya no tenía remedio. –No... bueno, sí... bueno, en realidad, he estado dando una vuelta y ahora estaba descansando.

–Ah, muy bien...– y de pronto se dio la vuelta dando un giro rápido y limpio de 180 grados –Señora! ¿Quiere unas flores? Tengo margaritas, claveles, rosas... las que usted prefiera.

Mientras Carmen perseguía a la mujer en su huida, Mariquilla agarró la bufanda verde de Miguel y empezó a dar pequeños tirones, fuertes e insistentes.

–Me sigue gustando tu bufanda, me gusta mucho, mucho, mucho. Dámela, anda, dámela. ¿Por qué no me la das? Si tú tienes muchas.

Miguel la miró extrañado y cuando trataba de averiguar de dónde podía haber sacado la niña esa idea vino la madre un poco enfadada.

–Hoy no me compra nadie flores– se quejó –a ver qué comemos hoy la Mariquilla y yo.

–Yo tampoco he tenido suerte– comentó Miguel algo afligido –incluso he tenido que hacer algo que va en contra de mis principios.

La niña, que continuaba tirando de su bufanda, miró primero a Miguel y después a su madre frunciendo el ceño en una graciosa expresión.

–¿Qué son principios, mamá?

La madre la miró un poco molesta por haber interrumpido a Miguel, que parecía estar a punto de decir algo muy interesante.

–Pues lo contrario de finales– concluyó y su rostro se suavizó al comprobar que la niña había creído a pies juntillas aquella respuesta y volvía a mirar satisfecha a Miguel, que continuó hablando.

–Aunque me duele decirlo... he robado la merienda a un niño.

Tras decir esto, las caras de Carmen y Mariquilla se iluminaron por la sorpresa.

–Pero, chico...– se enfadó la madre –¿cómo ha sido eso?

–Es una historia muy larga y tú sabes como yo que cuando hay hambre...

–Sí, sí, sí– le interrumpió y, de pronto, le miró de tal manera que sus ojos, del mismo color negro que su cabello, se oscurecieron –pero no lo cuentes delante de la Mariquilla.

Miguel comprendió y, en consecuencia, dejó de hablar. La niña, en cambio, se dió cuenta de aquella censura que le iba a impedir conocer el resto de la historia.

–¡Jo, mamá! ¿Por qué no le dejas que hable? Yo quiero que hable. ¡Yo quiero que hable!– y se puso a patalear tirando aún más fuerte de la bufanda del chico.

Miguel, ahogado por la bufanda y sujetándola por donde ésta le rodeaba el cuello, empezó a notar que su rostro cambiaba poco a poco de color. Primero blanco, luego amarillo, después verde, y el mundo parecía dar mareantes vueltas a su alrededor. Carmen se dio cuenta y apartó a su hija cogiéndola de un brazo. La niña, enfadada, se fue hacia el otro extremo de la plaza, con largas zancadas y con el ceño de nuevo fruncido. Allí se sentó en el suelo y apoyando la espalda en la pared se cruzó de brazos y miró hacia otro lado. Carmen y Miguel la miraron un instante algo preocupados y después continuaron hablando.





–No te preocupes, ya se le pasará– aseguró la madre.

–Me alegro– y se aflojó la bufanda notando como el aire fresco volvía a entrar en sus pulmones.

En aquel momento, detrás de ellos, pasaban dos mujeres charlando y Carmen se dirigió hacia ellas mientras les contaba todas las clases de flores que tenía. Para su sorpresa y contento se pararon y echaron un pequeño vistazo al arcoiris de flores que la mujer había dispuesto en un rincón de la plaza de San Miguel pero después siguieron andando mientras denegaban con la cabeza las propuestas que les hacía Carmen. Finalmente, esta dejó que las dos mujeres siguieran su camino y volvió al lado del chico.

–¿Ves como hoy no hay suerte? Ya me veo robándole el bocadillo a un niño yo también– dijo irónicamente, aunque Miguel notó cierto halo de tristeza en sus palabras.

De repente se dio cuenta de que algo muy extraño estaba sucediendo. Carmen, cabizbaja y con la mirada perdida, no hablaba. Había enmudecido. No hablaba ni de sus hermanas del pueblo ni del marido, que trabajaba en el Rastro, ni de lo que había hecho los días anteriores ni opinaba acerca del aspecto de Miguel, cuestiones todas ellas que gustaba de incluir siempre en sus conversaciones. Miró por encima del hombro de Carmen y vio a Mariquilla, todavía sentada en el suelo y

apoyada en la pared, que seguía mirando hacia otro lado con el ceño fruncido. De pronto, supo lo que hacer.

–Toma, Carmen–. Ella alzó la mirada y vio que le estaba ofreciendo el bocadillo de queso del niño. Observó que era bastante grande como para poder comer ella y su hija y que, además, tenía muy buen aspecto a pesar de los mordiscos que ya le había propinado Miguel, pero lo rechazó.

–Mejor no. Lo habrás pasado mal al robarlo. Lo mínimo es que, por lo menos, te lo comas y saques algo de todo este lío.

–No– dijo tajante –es precisamente de esta forma como puedo sacar algo de todo este lío, como tú dices. La verdad es que incluso me quito un peso de encima.

–Pero ¿qué vas a comer tú?

Miguel sacudió la cabeza y, haciendo un gesto con la mano, señaló a Carmen que callara y cogiese el bocadillo. Ella, algo confusa e incluso culpable, lo cogió y lo partió por la mitad. El trozo más grande se lo llevó a su hija, que no pareció salir del enfado por aquel gesto, y el más pequeño lo guardó para ella.

–Si quieres podemos repartir mi trozo– decidió sonriendo abiertamente a Miguel.

Miguel volvió a hacer el mismo gesto de negación y después de despedirse de Carmen con un tímido adiós y de Mariquilla haciendo un ademán con la mano, se dio la vuelta y se dirigió hacia donde sus pies lo llevaban. Y ese lugar era de nuevo el Mercado de San Miguel.

Allí dentro volvió a azotarle el aroma de diversos alimentos entremezclados entre sí. Una olorosa mezcla que por sí sola alimentaba a cualquiera. Había entrado por el mismo sitio que antes había salido y se encontraba, por tanto, al lado del puesto de conservas. Mientras permanecía allí pensando en lo que acababa de hacer volvió a pasar desapercibida aquella mirada verde grisácea que volvía a fijarse curiosa en él. Pertenece a una muchacha joven de cabello oscuro y que vestía con delantal blanco. Los ojos de la chica, grandes y sinceros, miraron a Miguel como un turista puede mirar un cuadro de Velázquez en el Museo del Prado. Le maravillaba aquel personaje que por segunda vez aquella mañana había aparecido por el mercado. Estaba un poco desaliñado y parecía triste, hambriento y cansado, pero era guapo y, seguramente, simpático. Era imposible resistirse, tenía que hablarle.



–Oye... chico... oye– le llamó sin prestar atención a la mirada de sorpresa de su madre, que atendía a su lado, al verla dirigirse a aquel extraño –ven–.

Miguel se volvió despacio hacia ella y cuando alzó la mirada y la vio se olvidó del hambre, del cansancio y del Mercado de San Miguel.

–Tienes hambre, ¿verdad? toma– y alargando el brazo le ofreció un queso, unas rebanadas de pan de molde y un refresco.

Miguel cogió aquello agradecido pero confuso. No veía a la madre de la muchacha, cuyos ojos se habían abierto de par en par, ni a las mujeres al pie del puesto que le observaban con el mismo gesto de sorpresa, ni a los dependientes de los puestos más cercanos que habían dejado de atender a sus clientes para observar aquella escena. Sólo tenía ojos para ella.

Con expresión nerviosa, Miguel empezó a pensar. Eso no podía quedar así. Si su amor –así la llamaría a partir de ese momento– le ofrecía todo aquello él debía darle algo a cambio, como muestra de su reciente amor. Sin pensárselo dos veces, desenrolló su bufanda verde del cuello, que tantos recuerdos le traía y que tanto apreciaba, y se la dió a la muchacha, que la recogió sorprendida.

Tras esto y sin dejar de mirar a la joven, que tampoco podía apartar su mirada de él, salió del mercado, consciente de que aquel día, y por un bocadillo de queso, algo extraordinario había comenzado en su vida. ■

El Mercado de San Miguel, ubicado en la plaza del mismo nombre y junto a la plaza Mayor de Madrid, es el único realizado en hierro que se conserva en la ciudad. Instalado en su origen al aire libre, en 1835 se inició un proyecto de Joaquín Henri destinado a cubrirlo pero no que se realizó en su totalidad.

En 1911 se encargó el proyecto definitivo al arquitecto Alfonso Dubé y Díez. El edificio se construyó con un presupuesto total de 300.000 pesetas, en dos mitades, con el objetivo de no interrumpir las ventas de los comerciantes que ya estaban instalados en el antiguo mercado. La primera mitad se terminó a finales de 1914 y la cubierta se levantó en 1915, mientras que la inauguración se realizó el 13 de mayo de 1916.

El mercado consta de dos plantas con una superficie cada una de ellas de 2.000 m² y destinadas a actividades bien diferenciadas: la planta baja es de estructura metálica con soportes de hierro fundido y se dedica a los puestos de venta, el semisótano alberga servicios y otras dependencias del mercado. El acristalamiento exterior del mercado se instaló en 1968.

EL ÚLTIMO MERCADO DE HIERRO



El mercado de San Miguel siempre ha sido de propiedad particular. En un principio los comerciantes pagaban un alquiler al propietario del terreno y en 1942 se constituyó la Asociación de Industriales del Mercado que después, en 1951, compraron definitivamente los terrenos y el edificio.

La importancia arquitectónica del Mercado de San Miguel recibió el espaldarazo definitivo en 1982, año en que comenzaron los trámites para declarar al edificio Monumento Histórico-Artístico por una orden de la Dirección General de Bellas Artes y, aunque el expediente todavía no ha sido resuelto definitivamente, el Mercado cuenta con informes favorables en ese sentido de la Academia de la Historia y de la de Bellas Artes de San Fernando.

En cuanto a la actividad comercial, el Mercado de San Miguel se está viendo afectado en cierta medida por el abandono del centro de la ciudad por parte de las familias jóvenes y por la apertura en la zona de varios pequeños supermercados. En la actualidad el Mercado cuenta con 73 puestos de venta de los que unos 60 están en funcionamiento.

